H
946
2.
BIBLIOTECA
DP 22
E77
V.1

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

BIBLIOTECA

ARAGÓN

INTRODUCCIÓN

I

DESCENDIENDO de los Pirineos y por entre sinuosas colinas desemboca en el pintoresco valle de Jaca un pequeño río que, después de saludar los muros de la antigua ciudad y la histórica cima de Uruel cubierta siempre de nieblas, engrandecido con el tributo de otros riachuelos, va á confundir sus aguas con las del Ebro en el vecino reino de Navarra. Si la risueña vegetación de sus márgenes, y lo sonoro ya que no lo caudaloso de su corriente, llaman la atención del viajero, y le mueven á preguntar si algún arcano ó recuerdo murmuran aquellos cristalinos raudales deslizándose sobre su lecho de roca; hiere sus oídos un vocablo imponente,

é inclina luégo su cabeza ante aquel arroyo de altos destinos, que antes de perder su nombre en un gran río, lo transmite á una provincia entera, y lo dió en otras épocas á un poderoso reino. El río Aragón indica los humildes principios de la monarquía que medía un tiempo sus límites por el curso de aquél, y que engrosada progresivamente ya por conquistas, ya por afortunados enlaces, ocupó la mitad de la Península, y extendió allende los mares su influencia y dominación. En su marcha triunfal durante cinco siglos no interrumpida, los reyes de Aragón bajaron de las sierras, atravesaron caudalosos ríos, adquirieron ciudades opulentas, ganaron provincias y reinos extraños; pero en el desvanecimiento de su prosperidad y engrandecimiento jamás se avergonzaron de su modesto solar primitivo: los nombres antiguos y gloriosos de sus recientes adquisiciones quedaron sumidos y uniformados bajo el de aquel cuyo murmullo había mecido la cuna de su imperio; y el mar mismo llegó á sufrir el yugo y á acatar el nombre del pequeño río de los Pirineos. Pero también la monarquía, siguiendo en esto la suerte del río, se perdió y mezclóse con otra para que naciese de su unión la española, y el nombre de *Aragón* por una especie de reflujo, si bien no volvió á su estrecha madre, quedó encerrado en la provincia que fué primer teatro de sus glorias y cimiento de su grandeza.

Aquella pues parece fué la casa propia, aquel parece en la actualidad el cenotafio del reino aragonés, como si en el fondo de sus monumentos durmieran exclusivamente las memorias de su pasado, y sólo de sus incultas llanuras debieran desenterrarse los asombrosos fragmentos del inmenso coloso. Las demás provincias de la antigua corona, Cataluña, Valencia y las Baleares, por un concurso de circunstancias históricas y locales, desde su unión á la gran monarquía española han conservado ó tal vez acrecentado su importancia, adquiriendo una segunda existencia, sino tan independiente y gloriosa, más descansada por cierto y no menos atendible que la primera; y vueltas de cara al porvenir, se consuelan con los adelantos de sus artes y agricultura de la pérdida de sus leyes y fueros provinciales y de los recuerdos de su historia, que ocultos bajo el polvo de los archivos y borrados casi de las tradiciones populares, serán dentro de poco patrimonio exclusivo de los eruditos. Pero el estacionamiento del Aragón, la decadencia de sus ciudades tan célebres en el renombre como escasas de población y valía, la soledad de sus caminos poco trillados por los naturales, casi nunca por el forastero, el aspecto solemne de sus quebradas montañas y de sus vastos despoblados, algo de meditabundo en la fisonomía, de grave en los modales, de noblemente altivo en la pobreza del aragonés, revelan un país que vive de lo pasado: diríase que aquel pueblo se acuerda de un estado más glorioso, que aquellas ruinas abandonadas á sí mismas por una mezcla de fe é indolencia guardan un depósito sagrado é incorruptible, y que la provincia viste luto aún por sus monarcas propios, como la esposa fiel que, fenecido su primero y único amor, se condena á viudez y esterilidad perpetua.

Si exiges, oh viajero, monumentos de primer orden, de aquellos cuyo nombre es popular, cuyo perfil se ve reproducido en mil estamperías, y cuyo camino indican las huellas de innumerables admiradores de moda; si esperas verlos custodiados con esmero, pulidos si importa en su rudeza, dispuestos con cierta elegante coquetería á modo de precioso dije expuesto á la pública curiosidad; si para contemplar las maravillas de la antigüedad no te resuelves á desprenderte de las comodidades de la civilización moderna, y deseas sin tedio y sin trabajo una sucesión no interrumpida de impresiones y sorpresas, no como quien anda á caza de bellezas, sino como el que las mira reunidas y acá y allá las desflora en opulento convite; suponiendo que no hayas á mengua y á falta de buen tono el viajar por tu abatida patria, no encamines al Aragón tus pasos, y busca en Andalucía un reflejo de la risueña y monumental Italia, ó en las provincias Vascongadas un remedo de los pintorescos sitios, costumbres

patriarcales y dulce bienestar de la Suiza. Tristes yermos ó monótonas llanuras de trigo tendrías que atravesar para seguir nuestras correrías, pasar tal vez jornadas enteras sin que ningún objeto viniera á impresionar tu fantasía, ni á distraer el cansancio de tu cuerpo y las molestias del camino; tendrías que investigar por ti mismo en vez de preguntar á los otros, quitar primero el polvo á lo que hallases que admirar, completar ó restaurar en tu imaginación la antigua forma de los monumentos casi perdida entre los destrozos del tiempo, las reformas del mal gusto y el furor de la destrucción; y si alguno encontraras imponente, completo, salvado de la ruina por su solidez misma como á pesar de los hombres, y extasiado preguntaras su nombre, no oirías el nombre mágico de la Alhambra y de la Giralda, ni el majestuoso de Burgos ó de Toledo, para que á tu regreso pudieras decir con orgullo: «yo también estuve allí.» Pero si noblemente egoísta en tus goces, quieres ser de los primeros, ya que no de los únicos, en disfrutarlos con soledad y misterio; si buscas novedad en tus impresiones, y en las bellezas artísticas aquella especie de virginidad que se desvanece con el bullicio y afluencia de visitadores; si artista por convicción, en vez de añadir una hoja al álbum de los *turistas*, prefieres añadirla al catálogo de los monumentos españoles, y desdeñándote de seguir á la multitud, aspiras á sorprenderla con inesperados hallazgos, corre entonces al Aragón, país virgen y desconocido por excelencia. Catedrales graciosas y esbeltas como las de Huesca y Barbastro, graves como las de Tarazona, majestuosas como la Seo de Zaragoza asomarán por cima de sus amuralladas ciudades; brotarán severos y grandiosos monasterios en el seno de los desiertos, á orillas de los ríos, en el hueco mismo de los peñascos; y almenados castillos aparecerán en las alturas, confundiéndose con las rocas, ó descollando entre fortificaciones modernas con sus lindos ajimeces y rojizos torreones.

Dividido del vecino y frecuentemente enemigo reino de Francia por la gran muralla de los Pirineos—en ningún punto de la frontera tan ásperos y encumbrados como en aquel,—y de las provincias de Navarra, Castilla, Valencia y Cataluña, súbditas un tiempo las segundas y rivales las primeras, por otras cordilleras menos respetables aunque lo bastante para cerrar el país y trazar sus límites con gigantescos caracteres, presenta el Aragón un grandioso valle prolongado de norte á mediodía, y cortado casi diagonalmente por el Ebro, que cual profundo desaguadero recibe en su seno los ríos que á derecha é izquierda riegan el suelo aragonés. Hacia el oeste se avanza el Moncayo en las fronteras de Castilla y Navarra á modo de poderosa barrera ó colosal torreón que recuerda enconos y antiguas guerras, y como antemural, corre paralela á los Pirineos, más arriba de Huesca, la quebrada sierra de Guara, que enlazándose con los estribos ó ramificaciones de aquellos, y uniéndose al oriente con las montañas de Ribagorza y Sobrarbe, forman entre todas aquellos pintorescos valles del alto Aragón, cuna de nuestra nacionalidad, donde es un recuerdo cada nombre, cada piedra un monumento. Cordilleras subalternas se ramifican por el interior de la provincia, cortando la monotonía de sus llanuras, ora despejadas é inmensas como un mar en calma, ora sinuosas y encrespadas cual las olas hinchadas por el viento, ora obstruídas por denegridas rocas y por arcillosas prominencias como piélago sembrado de escollos y arrecifes. Tienen su encanto también aquellas descarnadas alturas que desdeñan el engalanarse de verdor y aun cubrir su árido esqueleto, y que extendiéndose con la más extraña regularidad como cortadas á pico, por las márgenes de los ríos, en medio del llano ó en la cima de las montañas, remedan con sus capas de tierra de varios colores, ya sobrepuestas horizontalmente, ya en declive, majestuosas fábricas ó derruídas fortalezas: tienen su encanto aquellas vetas de roca que en el declive de las colinas, libres por la lenta acción de las aguas de la tierra que las cubría, aparecen aisladas y desnudas cual restos de un muro opuesto á las incursiones de ambicioso vecino: tienen su novedad y su encanto para los hijos de las afortunadas comarcas donde todo es cultivo y vida, aquellos

vastos horizontes donde nada verdea ni se mueve, donde ni la naturaleza ni la humanidad parecieran haber salido de su inerte reposo desde el día de su creación, si las enormes moles esparcidas y las grietas y barrancos que cruzan el suelo no atestiguaran en aquella desórdenes y transformaciones, y las frecuentes ruinas de ermitas y torres no recordaran el tránsito de una generación tan religiosa como guerrera. Y cuando al extremo de esos rasos é interminables baldíos llamados allí *montes* (1), ó de esas yermas *pardinas* (2), de las cuales desaparecieron las poblaciones que les han dado su nombre, descubrimos suaves laderas hermosamente listadas por las viñas ó valles cubiertos de verdinegros olivares, ó siquiera un grupo de silvestres carrascas que matizan el campo, cuando nuestros ojos siguen á lo largo de la llanura el curso de algún río orlado por dos líneas de sauces y sombreado por álamos piramidales; cuando en medio de su poco de huerta descubrimos de repente algún pueblecillo colocado en anfiteatro y dominado por el robusto ó elegante campanario de la parroquia, con sus chimeneas humeantes á todas horas; estos paisajes destacan con toda su luz sobre el fondo oscuro del cuadro como oasis del desierto, y se sienten mejor la amenidad de la vegetación y la animación de la morada del hombre, que sólo al lado de la soledad y de la aridez pueden debidamente apreciarse.

Si á la entrada de uno de esos pueblos encuentras algunos hombres de bizarro talle, de lleno expresivo y algo moreno rostro, revuelto en torno de la cabeza, cual ligera toca, un pañuelo encarnado ú oscuro por bajo del cual se ensortija el crespo cabello, ceñido el cuerpo con ancha faja azul ó morada, ajustado al muslo el calzón corto, y ostentando bajo la media todo su

(1) Llámanse en Aragón frecuentemente los terrenos baldíos, aunque sean llanos, en oposición á las tierras de cultivo.

(2) Término provincial muy frecuente en los documentos antiguos, que equivale á comarcas ó tierras yermas, muchas de las cuales conservan el nombre de pueblos que ya no existen.

ARAGÓN.—Campesino.

contorno la nervuda pierna y toda su ligereza los piés sujetos apenas por trenzadas alpargatas; ó si en medio de un camino, al divisarlos en grupo embozados en sus blancas mantas rayadas, recuerdas los albornoces árabes ó las elegantes togas romanas, y evoca tu imaginación á los antiguos dominadores del país, acércate á ellos, oh forastero, y no temas ser repelido con ruda desconfianza ni interrogado por importuna ó maligna curiosidad. Síguelos á la posada que obsequiosos te mostrarán; y en tanto que se prepara la rústica cena, en vez de encerrarte misántropo en tu helado cuarto, caso que lo tengas, acude al calor del hogar cuya vasta chimenea cobija á modo de negra cúpula á la familia entera y á los transeúntes sentados al rededor en los bancos de piedra; y una súbita llamarada en la inextinguible lumbre, acompañada de vivo chisporroteo, será la señal de tu bienvenida. Y entonces descansado puedes soltar la rienda al negro humor que durante la jornada hayan ido depositando en tu pecho la vista de los páramos que atravesaste, lo intransitable de los caminos, las tachas de las caballerías ó de sus monturas, la crudeza del clima, y hasta las incomodidades del techo mismo que te da abrigo: compadecerán tus privaciones, y las disminuirán en cuanto puedan con una oficiosidad que no basta á infundir el sórdido interés: confesarán modestos el atraso y las desventajas de su patria, pero las explicarán al mismo tiempo por un conjunto de circunstancias tales, que volverían acaso mudo al más inflexible economista (1). É intercalarán delicados elogios de la tuya, y escucharán con ingenua admiración lo que de ella les refieras, y comprenderán del pensamiento artístico que te guía lo bastante para mirarte como á hombre superior con asombro, pero sin extrañeza. ¿Quién rehusará sentarse á la pobre mesa, haciendo melindres á comida condimentada con tan buena voluntad? ¿quién aplicar á los labios la hospitalaria copa que cual

(1) Escribíamos esta Introducción en 1844, y no quisiéramos que lo que desde entonces haya ganado el país en cultura, lo hubiese perdido en costumbres.